

y perturbador de la actualidad europea: la unidad del continente ¿Imperio, federación, zona de libre mercado, fortaleza?

Lo mismo cabe preguntarse acerca del emperador: ¿heredero de la revolución, último déspota ilustrado, dictador bulímico de conquistas, salvador armado de la clase dominante en momentos de apuro, héroe sobrehumano, genio y monstruo de la historia, encarnación del espíritu objetivo, culmen de la raza francesa, enemigo solapado de Francia que trató de llevarla al desastre para vengar sus humillaciones de corso plebeyo, chiquitito y con aire hermafrodita?

Con amplio conocimiento del estado de la cuestión y don de síntesis, Wright (Open University, Inglaterra) expone ese vaivén donde se mezclan la abolición del feudalismo y la restauración de la esclavitud, la humillación del Papa y el pacto con la Iglesia, el moderno derecho administrativo y civil junto al centralismo burocrático más ineficaz, los triunfos de Italia y Alemania y las calamitosas campañas de Rusia y España. Lo elemental del texto no le quita rigor ni información. Una cronología, una bibliografía razonada temáticamente y una sabrosa colección de fragmentos textuales completan esta entrega didáctica, amena y sabia.

Napoleón fantaseó con un imperio perdurable y echó las bases de su estructura y su destrucción.

Quizá la historia no sea otra cosa que un diálogo, a veces amoroso y otras, bélico, entre esas dos grandes fuerzas: la construcción, la demolición.

Teoría tradicional y teoría crítica, Max Horkheimer, Traducción de José Luis López, introducción de Jacobo Muñoz, Paidós, Barcelona, 2000, 120 pp.

Reúne este volumen tres ensayos fechados entre 1937 y 1942, en plena formación y dramático contexto para la Escuela de Frankfurt: diáspora, exilio, guerra mundial. En ellos, Horkheimer, que fue quizá su mayor filósofo, apunta y desarrolla con rapidez las bases y tensiones de su planteamiento. Ante todo, la filosofía como teoría crítica de la sociedad, como autoconocimiento del sujeto que produce la ciencia. Horkheimer persigue, con obsesión, una síntesis que subvierta la lógica de la teoría tradicional: entre una sociedad burguesa que actúa ciegamente y propone al individuo una conciencia abstracta, y este mismo individuo.

El hombre moderno vive escindido y padece la determinación sin hallar el camino de la unidad y la libertad. El materialismo histórico le propone una fórmula de salida: liberarse es tomar conciencia de las contradicciones que animan a su sociedad. Paralelamente, Horkheimer,

alejado de cualquier dogmatismo (de los tantos que ilustraban el pensamiento de izquierda en la época) pone en escena sus propias tensiones. Es un hijo de la Ilustración impregnado de pesimismo cultural romántico, que advierte los resultados del proceso iluminista: el progreso de los medios de dominación sobre la naturaleza han aumentado la dominación del hombre por el hombre y desaguado en el nazismo. El teórico resulta ser un luchador cuyo horizonte utópico es todo menos modesto: la humanidad como una comunidad de hombres libres, o sea autónomos, autodeterminados y plenamente conscientes de sus actos, que conducen a lo necesario colectivo.

Vistos a la distancia, estos textos apretados y palpitantes son, más que un aporte teórico, un documento sobre ese drama que nos acucia todavía, y quizá por cuánto tiempo: el destino de barbarie que acecha a la civilización, las trampas de la opresión que propone la búsqueda de la libertad.

La risa de la muchacha tracia. Una protohistoria de la teoría, *Hans Blumenberg, Traducción de Teresa Rocha e Isidoro Reguera, Pre-Textos, Valencia, 2000, 215 pp.*

Cierta vez, el astrónomo Tales se cayó en un pozo por mirar las estre-

llas. Su sirvienta, una chica de Tracia, se partió de la risa. Moraleja: por ocuparse de lo celestial, los filósofos se alejan de la tierra. Tales es el primer hombre de Occidente, el fundador del fundamento, el que alzó la cabeza y vio, antes que nadie, que el mundo está(ba) ahí. Más que Adán, porque éste conoció un premundo, hasta que Eva se rió de él y empezaron a tutearse.

Blumenberg, con la amenidad y la coquetería que le son propias, traza esta trágica insistencia del pensamiento occidental: un varón se dedica a la verdad pura, a la inutilidad (divina, la califica Ortega) del saber, mientras una mujer se burla de su incapacidad para hacer buenos negocios y evitar los socavones del camino.

En la historia no hay comienzo. Si lo hay, no es histórico, sino mítico, como la expulsión del Paraíso, cuando Eva transformó su risa en llanto. El comienzo se da a cada momento y la filosofía da cuenta de ello. No empieza de golpe, como cuando se funda una ciencia, sino que extravaga todo el tiempo por los alrededores del conocimiento formal, estructurado, sistemático. Tampoco, por lo mismo, hay una prototeoría anterior a la teoría. Teorizamos sin parar, a la vez que practicamos sin parar.

Para pensar hay que alejarse de las cosas. Ganamos el pensamiento pero perdemos las cosas. O pasa-

mos de pensar, como la chica de Tracia, y conservamos las cosas. Un largo recorrido donde no faltan los presocráticos, Pedro Damián, Nietzsche, Heidegger y una vasta familia, autoriza a Blumenberg a señalar lo trágico de la escena que funda al pensamiento occidental. Quizá la filosofía, deambulando, diseñe ese tercer mundo, ni celestial ni terrenal, donde Tales y su sirvienta se reconcilian, miran al cielo y se ríen desde el fondo del socavón.

Debate sobre la situación de la filosofía, Józef Niznik y John T. Sanders (eds.), Traducción de Marco Aurelio Galmarini, Cátedra, Madrid, 2000, 189 pp.

El 8 y el 9 de mayo de 1995 se reunieron en la Academia Polaca de Ciencias, Jürgen Habermas y Richard Rorty para debatir acerca de varios puntos teóricos: la herencia de la Ilustración, la racionalidad, las relaciones entre cultura profana y democracia. Leszek Kolakowski, también invitado, no pudo concurrir por razones de salud, pero envió unos textos. En las discusiones posteriores intervinieron Ernst Gellner y otros filósofos.

Inopinadamente, el coloquio se convirtió en un examen de la filosofía actual, sobre todo de su espacio y sus posibilidades. De distinta

manera, todos los intervinientes se reclamaron de ilustrados: por representar al más antiguo Estado democrático del mundo (Rorty), por vindicar una nueva Ilustración (Habermas), por examinar el iluminismo con una visión pesimista romántica (Gellner), por intentar una dialéctica neoilustrada (Kolakowski). Más ajustadamente, el tema que se impuso fue el quehacer mismo de la filosofía: por un lado, la herencia del trascendentalismo platónico, o sea la búsqueda de la verdad como estado permanente del saber, aún a sabiendas de su imposibilidad: por otro, el pragmatismo que desdeña la verdad por ser inútil y sólo la utiliza como instrumento de la creencia, la búsqueda de la felicidad y el placer de estar vivo.

Rorty se quedó «sólo ante el peligro», pero no se arredró por ello. Como Gary Cooper, representó al país más poderoso del mundo, que quiere decir el más afortunado. Al final del sabroso encuentro, la no formulada pregunta quedó flotando sobre una atmósfera felizmente caldeada: ¿existe la filosofía o sólo se dan las filosofías, como quería Dilthey hace algún tiempo? ¿Es el conocimiento un fin o un medio? Por suerte, en el desvaído panorama del pensamiento actual, creció una enérgica hierba, la vieja planta del saber o, quizá, de algo más fuerte: el querer saber.